

10. Entonces dijo: De cierto volveré a ti según el tiempo de la vida, y he aquí, tendrá un hijo Sara tu mujer. Y Sara escuchaba a la puerta de la tienda, que estaba detrás de él. 11. Y Abraham y Sara eran viejos, entrados en días: a Sara había cesado ya la costumbre de las mujeres. 12. Rióse, pues, Sara entre sí, diciendo: ¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo? 13. Entonces Jehová dijo a Abraham: ¿Por qué se ha reído Sara diciendo: Será cierto que he de parir siendo ya vieja? 14. ¿Hay para Dios alguna cosa difícil? Al tiempo señalado volveré a ti, según el tiempo de la vida, y Sara tendrá un hijo. Génesis, Cap. 18.

Libro póstumo

por

José Santos González Vera

Clarita terminaba de poner la mesa cuando aparecieron Rafael y Enriqueta.

—¿Y tu marido? Anoche releí su artículo sobre el hijo. Es lástima que no se dedique sólo a escribir. Muchos que figuran en revistas y diarios no le llegan al talón. ¡Tenlo por cierto! —dijo, convencido, Rafael, que fue en su mocedad servidor de la rima y todavía lector voraz, con inclinación a lo romántico. Aparentaba cuarenta años, era de rostro ovalado, líneas regulares, más bien alto y de carácter seguro y cordial.

—¡Y qué vocabulario tiene Juan Carlos! —exclamó Enriqueta, su mujer, criatura menudita, vivaracha, hija de un profesor universitario—. Es seguro que un libro suyo se lo arrebatarían. Mis amigas quieren conocerlo de tanto oírme decir lo espiritual que es.

Clarita absorbía embelesada estas palabras. Quizás fuera de esas mujeres que nacen para unirse a un varón determinado. Al encontrarlo, se convierten los demás en seres paralelos, sin posibilidad de convergencia, aunque medie la viudez o la soledad las haga gemir.

—Hablaban de ti, Juan Carlos —dijo Clarita al verlo entrar.

Juan Carlos Aróstegui era de gran familia empobrecida. El estímulo de profesores, mientras estudió humanidades, lo indujo a leer buenos autores. Sus composiciones gustaban. Más tarde ocupó un cargo público. Era ligeramente inclinado, con innata cortesía, de grandes ojos que miraban con fijeza a quien hablara y que, por instantes, se encendían de admiración.

Solía publicar breves ensayos de acento entre panteísta y religioso, aludiendo a los hijos del Creador, que rezumaban amor a la vida pura. De epígrafe o para rematar un período ponía versículos de los Profetas. Era sorprendente que tales disquisiciones, nunca extensas, las ligara a libros de aparición reciente, conciertos y otros hechos de la creación artística. Nadie va a negar su finura, su elevación y la atmósfera benigna de sus escritos. Esta palpitación no muy periódica de su espíritu le trajo invitaciones. Sus amigos eran literatos o humanistas en potencia. En comidas y encuentros, ellos se referían a la última colaboración de Juan Carlos, que les gustó, a otra anterior, sencillamente inolvidable. Sentíanse en un mundo excepcional y el encanto para Juan Carlos no se rompía.

Clarita lo adoraba.

Sólo al comienzo de su matrimonio, durante un mes, él no hizo sino conversar con un gringo delgado, educadito, que saludaba a las mujeres de lejos y sin mirarlas, porque su fatalismo lo hacía presentir que apenas las viera, las amaría sin cesar.

Salvo las horas de oficina, Juan Carlos pasaba con Clarita. Si el tiempo era agradable recorrían el parque y ¿por qué no decirlo? disfrutaban mirando a las parejas musitarse al oído palabras decisivas. Los sábados o domingos iban al teatro, si no recibían amigos. Con frecuencia cenaban en el hogar de Rafael.

Enriqueta revivía al verlos, pues le pesaba estar solitaria. En un aparte confesábale su inquietud a Clarita:

—Rafael se perfuma y llega tarde. ¿Con quién puede andar? ¿Por qué los hombres tendrán esa maña?

—No digas eso, Rafael es persona encantadora.

—Me disgusta que no le quite el cuerpo a las mujeres. A más de una he visto invitándole con la mirada. ¿Cómo será cuando va solo? Si una hiciera igual les daría rabia. ¡Y qué nos costaría ya que nos piropean y nos siguen!

—Tal vez sean puras apariencias.

—¡Abónale no más! El marido de mi hermana al cuarto de hora de abandonar el empleo entra a su casa. Es verdad que es más feo que el susto, pero ahí tienes al tuyo, buenmozo, y con tan buena conversación, que es hogareño y se le ve en la cara que no tiene más pensamiento que tú (ésta bajó la cara ruborizada).

Clarita tuvo un padre duro, distante, y una madre harto nerviosa, tomadora de remedios mañana y tarde, que lloraba, maldecía e intentó, a menudo, arrojarle por la ventana, sobre todo cuando había alguien a la vista. Clarita vivió en tensión, anhelante, paliando las durezas, prevenida para no replicar, esclava de los menores deseos de su madre y también con ganas de hartarse de calmantes o morir. Pudo recuperar su espontaneidad cuando se casó con Juan Carlos. Este era cariñoso, de ánimo parejo y sabía aventar sus reacciones negativas y presentarse con rostro placentero. Cuando ella quería lucir un traje oscuro, él saltaba diciendo: “ese color es de vieja y no para ti, Clarita”. Por sus palabras ella podía creerse de veinticinco años, aunque bordeaba los cuarenta.

Al término de la comida Juan Carlos ibase a escribir, pero siempre que su mujer estuviera ahí, cosiendo, y para que no le agobiase el silencio o el rasgueo de la pluma, mantenía la radio en tono susurrante.

Cuánto le gustaba a ella verlo pensar. Del verde desvaído de la muralla del fondo, parecía extraer sus pensamientos, luego escribía y pasado un rato volvía a mirar. En cambio a ella no se le ocurría nada. Para Juan Carlos todos los pensamientos se hallan escritos allí con tinta simpática. Sin duda que es un don.

Con la facilidad suya, si dispusiera de más horas, podría hacer libros, quizás se convirtiese en hombre famoso, pensó Clarita.

—Si encuentro un empleo —le dijo— tú podrías ir a la oficina medio día y escribir en el resto, ya que lo haces tan bien.

—No, Clarita. Quiero ser yo quien te procure lo necesario. No deseo verte en contacto con oficinistas, gente frívola, que acaso no te distinguan como me gustaría —y emocionado la tomó en sus brazos y la acarició y besó tanto como si en un momento más él debiera partir a la guerra. Clarita perdió su moral y sus lágrimas cayeron en su pecho y en la costura misma. Siguió un minuto trémulo, en que las almas alcanzan a zonas misteriosas, y Juan Carlos prosiguió:

—Un libro exige años. Con suerte puede conseguirse editor. Más difícil es tener lectores. ¿Qué se puede ganar? Tal vez ni la décima parte de lo que recibo en mi cargo. El arte forzosamente es bien gratuito. Sirve para descubrir lo que hay en uno y pensar en matices y sutilezas que nunca aparecen en la conversación. Basta con dedicarle una hora por noche. Además, ¿quién está seguro de hacer obra valiosa? Mis conocidos aplauden cuanto publico, pero ¿qué piensan los que no están ligados a mí?

La vida se deslizó gozosa para ambos, sin otra alternativa que una enfermedad de Juan Carlos, no bien definida por los médicos, que le obligó a reposar y de la cual se repuso.

A los dos años amaneció muerto de un ataque al corazón.

Clarita perdió el apetito y enflaqueció peligrosamente. Entre ambos había tal dualidad que ahora, sola, sentíase irresoluta. ¿Cómo habría hecho él esto o lo otro? Creía andar inclinada para un costado, el de su brazo izquierdo, que apoyaba en el de Juan Carlos.

Recibió montepío y un seguro que aquél, tan afectuoso, tomó para que ella tuviera un pasar mediano. Cuando algo más tarde heredó de una tía casa con huerta y potreros, le causó más bien pena porque de ocurrir en vida de él la hubieran compartido. ¡Y con lo que él tuvo que medirse en los gastos!

Los amigos más fieles —Rafael y Enriqueta— insistían en que se recopilaran las producciones de Juan Carlos.

—Un libro suyo —opinaba Rafael— se vendería rápidamente y acaso dejara utilidad.

—Estoy segura —agregó Enriqueta— que mis amigas lo comprarían. Hasta las que no le conocieron lo admiraban. Hombres como él no hay muchos.

Clarita se rindió y puso en manos de Rafael una carpeta, muy pulcra, en que su marido tenía los ensayos. Rafael no se atrevió a suprimir ningún texto. Todos le parecían excelentes. Juan Carlos había supuesto que se publicarían, pues en la página inicial figuraba este título: *El Gozo Divino*. Era un nombre que lo definía.

El impresor indujo a Clarita a editar dos mil ejemplares, porque el segundo millar apenas le costaría la mitad. Rafael diseñó la tapa, eligió los tipos cabezales y ayudó en la corrección de pruebas.

Esta labor, que cumplían después de comida, reanimó a Clarita. Mientras Rafael iba leyendo, ella reparaba en ciertas frases genuinas de su esposo. Era oírlo. A veces desconocía el signo de corrección y Rafael acercábasele tanto para hacerlo, que la impregnaba con su perfume. Ella sentíase bien, mas no sin algo de miedo, pues Enriqueta dormitaba en un rincón o leía. El hombre más de su gusto, fuera del finado, era Rafael. Si Enriqueta cometiera el disparate de casarse con otro, y Rafael le pidiese su mano ¿podría negarse? Iba cayendo en una modorra deliciosa, pero un impulso íntimo la hizo pellizcarse atrozmente.

Las pruebas de páginas tornaron a reunirlos cada semana. Cuando le trajeron la segunda remesa, antes que la pareja llegara a comer, pensó en qué olor tendría ella. Vigilaba las ollas y apenas todo estuvo en su punto, fue a acicalarse, y se echó una gotitas de una esencia muy fina que se mezquinaba. Veía en el espejo sus mejillas sonrosadas y sus ojos de expresión dormida. Es tremendo —pensó— que digan de una: “qué olor tan raro tiene”. Recordaba

a un novio que se alejó de su prometida porque su cabellera olía a fermento.

Enriqueta estuvo chispeante, comió con apetito y el vino, al final, la adormiló.

—Si estuviera al lado de mi casa correría, porque me caigo de sueño. ¿Me dejas tenderme un rato?

Clarita la condujo a su dormitorio.

Pusieron a leer. Ahora era fácil porque los errores escaseaban. Sería un libro hermoso. Qué felicidad la suya de haber sido mujer de tan buen escritor. Rafael tenía razón: en pocos meses tal vez no quedara un ejemplar.

Por fin la obra se imprimió. Pronto dos pionetas entraban paquete tras paquete. Llenóse una pared del comedor. El resto hubo de ser arrimado al muro del dormitorio. Su departamento asumió apariencia de bodega. Igual impresión produjo a sus amigas y conocidos. Era increíble que los libros ocuparan tanto espacio.

Hubo nuevas reuniones para dedicar ejemplares.

—A éste —dictaba Rafael— póngale “al ilustre crítico”. Es pasional y si está lunático no escribe una línea. Libro sobre el cual no habla es como si no apareciera. Hay que tener cuidado.

Clarita escribía y firmaba. Producíale orgullo ser la viuda de un escritor importante. Enriqueta hacía los sobres.

—Ese prefiere que lo llamen poeta, aunque sólo vale como crítico. Dígale “al delicado poeta” o algo así. Le gustará.

A los amigos no les enviaron porque, era lógico, serían lectores obligatorios.

—A Montero no sé si deberíamos mandárselo. ¿Qué opina usted? Puede tratarse de un libro de minería y él siempre dirá locuras: las palomas, los caracoles, el viento, los nardos y, cuando menos se espera, agregará las palabras vivencia o temática. Quizás este lenguaje signifique algo para ciertos lectores. ¡Todo es muy misterioso! Dígale: “al crítico de sensibilidad y visión moderna”. Puede hacerle efecto. ¡Es hombre difícil!

Cada librería no aceptó más de tres ejemplares a consignación, por falta de espacio. Prometían, eso sí, no bien se vendieran, pedir otros. Clarita colocó entre librereros y críticos alrededor de cincuenta. Con tristeza miraba las altas rumas que obstruían su departamento.

Un temblor fortísimo desmoronó los paquetes y hubo de pedir auxilio a Rafael, que era alto, para encaramarlos. Emprendieron el acomodo, ella con delantal y él con una bata del finado. Enriqueta, más endeble, limpiaba los paquetes. Al rato exclamó:

—¡Tengo polvo hasta en las uñas de los pies! Dejen que tome aire. Ustedes son impermeables.

Clarita también sentía pesados los ojos, algún entontecimiento y aspereza en las manos, de modo que cuando Rafael colocó el último, dio un suspiro y se arrellanó.

Mientras comían, Enriqueta dijo:

—Tanto placer que siente una leyendo, pero los entretelones qué fastidio producen. Cuánto más tendrán que hacer ustedes. ¡Los compadezco!

De los críticos, uno recordó breve y afectuosamente al autor; otro alabó la presentación del libro y el tipo que permitía leer sin fatiga, en pocas líneas, pero en cuanto a juicio se escabulló; el tercero considerábalo de talento, también en contadas palabras. De haber tenido más oficio —agregó— hubiera llegado muy alto. Ninguno más se pronunció.

Clarita, espantada con el feo aspecto de los bultos, terrosos por añadidura, pagó a un muchachón para que los limpiara. Se le ocurrió que una cortina podía ocultarlos. Fue buena idea. Apenas el cortinero la puso mejoró la vista de los cuartos. Sin embargo, no había persona que no levantase una punta para atisbar.

—En ciudades y pueblos del norte o del sur, por ser más quieta la existencia, se lee bastante —aseguró Rafael—. ¿Por qué no enviar a los librereros de provincia?

—De soltera veraneábamos en un fundo —contó Enriqueta— y en las tardes terminaba una novela para comenzar la otra. Nunca he leído tan seguido como entonces. Tú comprendes, Clarita, allí es pura naturaleza. Los profesionales de los pueblos se aburrirían sin lectura. A lo mejor agotan la obra de Juan Carlos.

Comenzó a venir más a menudo su prima Estefanía, que no se dejaba ver sino una o dos veces por año. Verdad es que jamás apareció sin algún embeleco, pues era generosa, alta, de bonitos ojos, andar lento y maneras sobrias y agradables, lo que se llama distinguida. Al enviudar quedó con una pensión insignificante, que cubría sólo su desayuno y almuerzo. Se vio obligada a coser, oficio aprendido en las monjas. A pesar de su empeño transcurrían semanas sin ningún encargo.

Se entretuvieron en despachar a las provincias. Rafael hizo los paquetes, los ataba Clarita, y Enriqueta, hábil en reservarse lo más liviano, escribía las direcciones. Todos tres veían hombres y mujeres del interior leyendo *El Gozo Divino* en calles, plazas y hogares, unos al alba, otros al mediodía y los más en la alta noche. A ratos pensaban que los ejemplares podían hacerse pocos.

Rafael, a la hora del café, se refirió a los críticos:

—No faltan los críticos agriados, no porque ellos y los libros sean malos. ¡Nada de eso! Es por achaques del estómago o por tener esposa gruñona. No pudiendo pegarle a ésta o molidos por las náuseas, le atracan a los autores o los silencian. ¿No sería bueno estimular la venta con avisos? Ayer vi a un hombre maduro y muy serio leyéndolo en el autobús. Me dieron deseos de abrazarlo. ¿Cuántos lectores anónimos lo comprarían si se hablara más de *El Gozo Divino*?

Clarita insertó uno en el diario liberal-conservador, el de mayor circulación. ¡Qué caro era! Pero lo pusieron en vida social, al pie de una lista de damas notables.

Sin embargo, ningún librero renovó el pedido.

Otro amigo culto le expresó:

—No se aflija por lo que opinan esos escritores —era delgado, fulgurante y trabajaba en una novela grande que sorprendería—. Ninguno se atrevió a negar el talento de Juan Carlos. ¡Habríamos saltado todos! El lector es el verdadero juez. Esté segura de que *El Gozo Divino*, apenas sea conocido por cierto número, cobrará fuerza. Valdría la pena obsequiar a la Biblioteca Nacional muchos ejemplares. Esta mandaría a las del sur y el norte.

—¡Qué idea excelente! —exclamó Clarita. No le importaba recuperar lo gastado, pero despejar su departamento era su ideal íntimo. Nunca pensó que los libros pudieran ser un tormento. Y sobre todo, cómo atraen al polvo.

—¿Cuántos nos podría donar? —le preguntó el bibliotecario.

—¡Mil ochocientos! —declaró ella, armándose de coraje.

—Conocemos la pluma del autor y ¡con qué gusto los recibiríamos! Pero ¿dónde ponerlos? Fíjese, no hay rincón sin montones de impresos. Y así es en las demás salas. Faltan catalogadores, la encuadernación está sin fondos. ¿No ve que el gobierno ha comprado dos cruceros? Además, se imprime en demasía. ¿Calcula cuántos están escribiendo llenos de ilusiones? Pueden ser miles. ¡El deseo de inmortalidad es tremendo! Si la imprenta no fuera prohibitiva, aparecerían cien volúmenes cada mañana. Del extranjero llegan en todos los barcos. Nos haría un servicio regalándonos veinte al año. Sin embargo, tenemos listas de bibliotecas de provincia. ¿Podría enviarles por su cuenta?

Los librereros, pasado el semestre, liquidáronle veintidós ejemplares. No obstante, oyó elogios de sus amistades, de compañeros de Juan Carlos, de amigos de Rafael y Enriqueta. ¿Serían cincuenta personas? Adquirió la certeza de que una obra es leída, gratuitamente, por muchísimos. Ahora comprendía por qué su marido se negó a escribir con regularidad. No hubiera ganado ni para zapatos.

Al comenzar las lluvias, un ventarrón movió las tejas y un hilillo barroso penetró al comedor sin que pudiera advertirlo hasta la mañana siguiente. Manchóse el cortinaje y varios paquetes se

mojaron. Lamentó que la cortina, lavada y relavada, quedase con una fea mancha.

Pidió cuenta a los libreros de sur y norte. Uno le remitió tres volúmenes desteñidos; los demás no respondieron. Ella no quiso escribir a los remisos, temerosa de recibir otras devoluciones.

Enriqueta le decía:

—¿Por qué no buscas cuarto en casa de señoras solas? No arriendan por no lidiar con la gente, pero les encanta que les alquilen para guardar cosas. Allí estarían muy bien los libros.

Renació su esperanza de ver el departamentito sin ese aire de bodega, y limpio. Miró avisos; copió direcciones; visitó casas. Ninguna pieza estaba a su alcance. Le hacían tantas preguntas, acaso temiendo que fueran libros prohibidos y echarse la policía encima.

Rafael, consolador (pero a disgusto consigo por haberla instado a imprimir la obra) le expresaba:

—Considere, Clarita, que en un país como el nuestro se leen miles de títulos. Los lectores que corresponden a cada autor son pocos (Clarita decía: ¿por qué me aseguró entonces que se venderían en un santiamén?). Hay libros que se imponen inmediatamente y obras que conservan su interés, digamos: *Los Tres Mosqueteros*, los de Julio Verne. ¿Qué me dice de los de historia? Chileno que entera cuarenta años no pone sus ojos en otro. Quedan las novelas eróticas. Excepcional es el adulto que no sepa por experiencia suya, directa, lo suficiente; algunos podrían ser profesores. A pesar de esto qué escasos son los hombres, y también las mujeres, que no las devoren. Un libro de artículos varios, que es el caso de Juan Carlos, por bueno que sea, se vende menos que otro en que las partes van enlazadas por una idea común. Además, los lectores no abundan. ¡Veo el asombro en sus ojos! Hay sujetos que leen en bibliotecas, sin gastar un centavo, o aguardan que un conocido lo compre para pedírselo. Otros aprenden oyendo, inclusive altos profesionales y poetas. Usted le cuenta cierta novela a su amiga y ésta la repetirá con pelos y señales, igual que si la hubiera releído. Tam-

bién hay quienes heredan libros, la biblioteca de un tío, que leen y releen durante su vida. Asombra su saber pero sorprende su ignorancia en obras anteriores o posteriores. Son como aquellos que conocen del paisaje únicamente lo que ven por su ventana. Volviendo a lo nuestro, le diré que existen libros que no se agotan pronto sin que esto pruebe que sean malos. Más tarde prenden y la gente los pide.

Clarita dudaba del porvenir de la obra de Juan Carlos. Nadie la pedía. "Una por dentro —decíase— debe de ser la mitad buena y la mitad mala. Me fastidia este libro, aunque sea de mi marido, que adoro, que fue incomparable".

A fin de mes vino el muchacho a efectuar la limpieza y Clarita le oyó:

—¡Buena plata le darían si los vendiera al kilo!

—¡Qué idea más absurda! —protestó ella.

Cuando Rafael y Enriqueta llegaron, Clarita les contó lo dicho por el mozo.

—Un libro pertenece al pueblo, a la humanidad —expresó contrariado Rafael—. No cabe darle otro uso que la lectura. Venderlo puede ser lo de menos, pero hay que divulgarlo. ¿Por qué no dejarlos de uno en uno en el autobús? Llegaría a manos de seres humildes que jamás disponen de esa expansión espiritual. Es increíble lo que un libro camina. Fuera de los salvajes, que suelen emplearlo para encandilar, no hay quien no lo conserve.

Clarita, entusiasmada, durante una semana cada día olvidó un ejemplar. En la siguiente primaron los honrados. Apenas iba a descender, gritábanle:

—¡Señora . . . se le quedó un libro!

—En tal caso —sugirió Rafael— hay que bajar no más, sin volver la cabeza.

Le fue bien por un tiempo. Después, oyó decir a sus espaldas:

—¿No comprende que es sorda? ¡Corra a entregárselo!

Siguió, no obstante, abandonando volúmenes. Su vena práctica la llevó a calcular que tardaría diez años en divulgarlos todos.

Rafael, iluminado, le informó:

—He conocido un pedagogo. ¡Qué lenguaje tan escogido el suyo! Vale la pena oírle; cuando quiera se lo traigo. Me dijo algo notable: que en los colegios particulares dan libros de premio a los alumnos sobresalientes. ¿Le parece bien escribirle a los directores?

—Ay, Rafael, no sabría cómo pagar sus desvelos. Es una idea genial. Esta noche le doy un postre digno de usted.

De sobremesa él redactó el borrador y, en seguida, todos hicieron copias. Hubo que menudear las reuniones, pues dichas escuelas son centenares. La prima Estefanía, con esa letra sublime aprendida en las monjas, escribió los sobres. Rafael esperaba colocar quinientos ejemplares. Enriqueta más de mil. Clarita contentábase con doscientos.

No tardaron en llegar señoras y caballeros, personas cautas. Hojearon *El Gozo Divino*. Como no vinieron a la vez, sino a ratos perdidos, para ellos, Clarita estuvo clavada más de una quincena.

Varios curas terminaron por decir que les gustaría variar el regalo anual, pero que finalmente se quedaron con el Kempis. ¡Era inmejorable! Las monjas, con rodeos, sugerían que *El Gozo Divino* tenía algo raro. Es seguro que para personas formadas podía ser bueno, pero ellas ¿por qué no decirlo? sólo confiaban en la *Vida de Santa Teresa*. No se halla obra semejante para guiar a la joven cristiana, a la madre cristiana, y desaparecían.

Las señoras y los caballeros, corteses, llenos de urbanidad, aunque expeliendo frío, leían un párrafo, volvían la página, sonrientes o severos, más severos aún los de confesión protestante, y todas y todos terminaban excusándose. Había que dar obras ejemplares, en que la moralidad sea lo primordial. Ellos se retiraban con genuflexiones. Las directoras, agraviadas. ¿Por qué? Raramente, en al-

guna página del libro decía: "la besó con frenesí" o "la oprimió entre sus brazos". Como se ve, no era para tanto.

Después nadie vino.

—¿Crees tú que exista una que no haya visto, de niña, besarse a su hermana o a la sirvienta, que también suele ser cariñosa? —preguntó Estefanía.

—Bueno. Les gusta ver el mundo como se les antoja —agregó Clarita.

—Sin embargo, no pueden impedir que una hija se les escape con cualquiera, cuando les nace precisada —aseguró Estefanía, por lo general nada habladora, pero contagiada de pasión por el libro.

—Cada ser, antes de la juventud es un secreto —adujo Rafael—. Estas gentes graves no consideran que el pequeño ensaya día tras día lo que hará cuando grande. Soy fatalista. Contra una mala tendencia, si hay remedio, es el cariño. No se ha inventado nada mejor.

Clarita hallábase preocupada. De su propiedad no le enviaban un centavo. Al parecer son más frecuentes las heladas en los campos, y las lluvias, que en la ciudad purifican la atmósfera, allí caen justo para botar la fruta naciente o tender los trigales, y cuando no es esto, los ríos, también abundantes, salen de su cauce, dan un paseo por vastas extensiones y dejan pedregales y ¿qué germina de las piedras?

Decidió irse al sur.

A cargo del departamento dejó a Estefanía. La pobre andaba muy pulcra, pero eran vestidos de años opulentos.

Salvo las rumas de volúmenes, que tan feo aspecto daban al comedorcito, convertido en probador, Estefanía sintióse contenta.

Antes de partir, Clarita la emplazó:

—Puedes regalar libros a quienes quieras, pero ¡júrame que no los venderás al peso! Sería una profanación.

Estefanía en cada paquete de costura deslizaba un libro. Alguna le devolvió el segundo recordándole que lo había recibido con el abrigo azul.

A comienzo de mes vinieron unos cuantos mendigos. ¿Qué ofrecerles si carecía de dinero? Mas una súbita iluminación la hizo declarar:

—Les doy este libro. Véndanlo y obtendrán más de lo que pudiera darles.

Los pedigüeños se presentaron en el mes siguiente, muy interesados; después pareció que nunca hubieran existido.

A donde fuera Estefanía uno llevaba de obsequio, además del que perdía en el autobús. En tal o cual ocasión alguien quiso restituírselo. Ella, muy digna, declaró que no era suyo.

—Extraño se ve el probador —dijole una señora aséptica, flaca, con horror al polvo. Entre los paquetes, algo desteñidos, a pesar del cuidado de Estefanía, la tierra era suficiente para llenar un maceterito.

Obsesionada, cavilando sin cesar, se le ocurrió ir a los conventos. Entregaba un pulcro paquete de cinco ejemplares al monje portero. Quería el parecer de la comunidad para poner o no la obra en todas las manos, era su pretexto. No dejó convento sin visitar y jamás regresaba por la respuesta. Al cabo de meses recibió devoluciones de dos comunidades. Suponíanla enferma, y agregaban que el libro podía tenerse por moral.

De su puerta abría sólo una mano. Convino con el lechero en dejarle la botella tras la hoja cerrada. Desaparecieron la primera y la segunda botella. Estefanía no se enojó y sí se la vio reír a menudo. A diario dejó allí un ejemplar primorosamente envuelto. Antes del mediodía se lo hurtaban.

Apenas vino Clarita le contó qué había hecho. Orgullosa mostrábale cuán baja se hallaba una de las rumas.

—Cuando se terminen, te vas a vivir conmigo al campo. Mientras, espero tenerte allá en el verano.

Clarita había engordado. Veíase más resuelta, con su voluntad en desarrollo. Su tierra producía y logró entender a los campesinos. Un propietario tímido, con sed de amor, la rondaba. De querer, diciendo una palabra se casaría.

—Tú sabes que cuesta volver a la vida de soltera. En sueños me veo casada, a ratos contenta, a ratos arrepentida. Despierta, no encuentro quién se compare a Juan Carlos. Era único. Ni buscándolo.

A pesar de sus esfuerzos, Estefanía, que no era pesimista, estaba cierta de que, por muchos años que pasaran, tendría por lo menos una ruma de libros. No era cosa de andar repartiéndolos puerta por puerta.

Había dejado de interesarle lo que antes era el núcleo de sus intereses: ver amigas, ir a misa, pasear por el centro comercial de la ciudad mirando rostros y vitrinas, echar una mirada a ciertos hombres. ¿No habría, entre tantos, uno que llegara a quererla? Considerábase joven, con salud, pero, y si le salía algún pretendiente con otra inclinación, con la de jugar, o espiritista, músico, pintor o fanático de algo ¿no sería para ella casi igual a estar sola? Además los hombres en la intimidad suelen ser extraños. Su marido, tan cordial, tan cortés, ¿no pasaba horas encerrado en su escritorio mirando la pared, como si viera visiones? Todo esto la retraía. No estaba enteramente sola. Sus clientas, que eran sus amigas, contábanle penas y alegrías. Si alguna vez se viera libre del sinfín de libros, pero ¿cuándo? Sin vacilar iríase al campo con su prima Clarita.

Por suerte abundaba la costura y no podía dar abasto, a pesar de la ayuda de su amiga y de la aprendiz.

Inesperadamente se presentó un individuo con cuerpo de hombre, en camino de envejecer y cuyo rostro era todavía de niño.

—He venido a molestarla, señora. Necesito más de esos libros, de *El Gozo Divino*. No quedan en ninguna librería.

Estefanía no recordaba a nadie que por gusto hubiera solicitado la obra. Le impresionó que éste, de tan humilde apariencia, zapa-

tero tal vez, demostrase un interés parecido al que provocan las cosas indispensables. A lo mejor la creía manual de algo.

—¿Puede decirme cómo conoció *El Gozo Divino*?

—Verá, señora. Hace meses se me acercó un mendigo. Dudé en socorrerlo porque un prójimo, viejo y todo, puede ganarse el pan. Hay tantos quehaceres livianos que ni siquiera exigen moverse. Viéndome indeciso, aquél agregó: “deme por este libro lo que sea”. Era distinto. Trocaba mi plata por algo. Me quedé con él y debo confesarle que lo olvidé. De día trabajo; al anochecer voy al templo. ¿No le dije que soy de los Hijos de Jahvé? Hay que atender a hermanos que luchan con dificultades. Soy el segundo de la comunidad, que fundó un gringo delgadito, muy sabio, un santo. Nos confunden con los evangelistas, pero usted tal vez no sepa que honramos el milagro de Sara. ¿Ha leído la Biblia? ¿No? De las parejas sin hijos que van al culto, varias, gracias a su vida pura, ya los tienen. La última prueba de la voluntad divina favoreció a un matrimonio después de veinte años. Bueno. ¿Qué le iba diciendo? A mi edad se pierde el hilo. Ah, sí, una noche, buscando no recuerdo qué, puse la mano en el libro. ¡Usted no lo creerá! Lo leí, en cada rato libre, hasta concluirlo. A medida que avanzaba, me sentía más y más dichoso. En *El Gozo Divino* viene explicada con sencillez nuestra religión. En cada artículo hay una parte. No falta palabra. Y como somos gente trabajadora, que ignora otras lenguas, y los libros del culto están en inglés, figúrese si tendría o no razón para alegrarme. Se lo llevé en un decir Jesús a nuestro Pastor. Cuando fui de nuevo, me pidió: “Hermano Astudillo, búscame más libros de éstos, pues nos servirán de guía”. Conseguí pocos. La gente debe de habérselos peleado. Se mandó uno a cada país y llegaron cartas pidiendo otros. Los argentinos, ya sabe lo orgullosos que son, y los paraguayos, los cubanos, todos son del mismo parecer que nosotros.

Estefanía negábase a creer a sus oídos, pero la actitud del Hijo de Jahvé era muy neta, y sólo acertó a responder:

—¡Me alegra tanto oírlo! Podría darle cuantos...

—No se trata de eso, señora. La comunidad desea adquirirlos por su precio. El beneficio para nosotros es que haya una obra tan necesaria. Servirá a los hermanos de aquí y de fuera. Si me dice cuántos hay y lo que cuestan, mañana vendremos a retirarlos.

Estefanía, ya sola, continuaba dudando de que pudiera ser verdad. Por si lo fuese, deshizo dos paquetes de costura, listos para enviarlos, en que puso sendos ejemplares. Al anoecer, transida por raptos de felicidad y de llanto, salió a contárselo a Rafael.

Este escuchaba, pedía detalles, poníase radiante y se preguntó:

—¿Sería el mismo gringo que estuvo un mes con Juan Carlos? Esa podría ser la causa de que éste dijera a menudo: “los hijos de la carne mantienen la vida; los de Jahvé la engrandecen”. A pesar de lo mundano que fue Juan Carlos había en él un brote evangelista, pero nunca bien visible.

Enriqueta no tardó en exclamar:

—¿No dije hasta el cansancio que se los arrebatarían?

Rafael propuso:

—Deberíamos enviar un telegrama a Clarita diciéndole, por ejemplo: “Vendido hasta el último libro de Juan Carlos. Véngase”.

—¡Muy bien! —gritaron ambas mujeres, de pie, a punto de entregarse a una danza de su propia invención.

